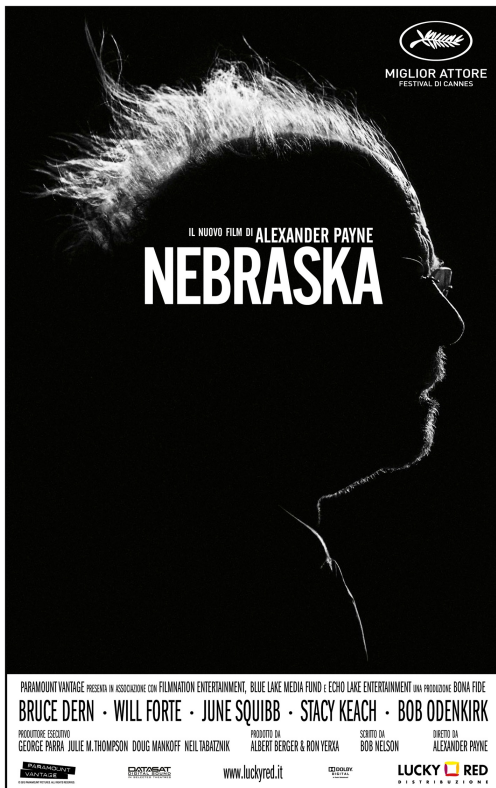


Independientes USA



Nebraska (Alexander Payne, 2013)

Corría el año 1969 y un tal Dennis Hopper escribía, dirigía y coprotagonizaba un film que pasaría a los anales del cine norteamericano, y tal vez mundial, porque entronizaba una historia de peregrinaje juvenil para mitificar el esquema del *road movie* como formato para desarrollar la búsqueda de la propia utopía... en general sin conseguirlo. Junto a él, dos grandes de la interpretación, Peter Fonda y Jack Nicholson, construían un trío fascinante de buscadores de sentido existencial a lo largo y ancho de unos Estados Unidos en momentos de interrogantes y de esperanzas un tanto controvertidas. En el Festival de Woodstock como trasfondo, y todavía más allá la revolución de mayo parisina, que alcanzó a casi todo el planeta, si bien de forma un tanto diversa. *Easy Rider* se titulaba el film. Y nos permite introducir ese *Nebraska*, de Alexander Payne, que recoge el espíritu itinerante del film traído a colación pero desde intenciones temáticas diversas en todos los sentidos. Permanece la estructura pero desaparece la juventud en

cuanto tal. Un detalle de nuestro tiempo.

Film en excelente blanco y negro, recorre los campos de Nebraska, lugar de nacimiento del mismo Payne, y hace de ellos el escenario de un viaje que realizan padre e hijo menor, ese fascinante Bruce Dern, y su conductor, el cómico traducido a dramático que es Will Forte, con la colaboración impagable de la mujer del primero, una June Squibb bajita, regordeta e impertinente, mujer rural donde las haya y dueña y señora de su marido exmilitar, alcohólico y desmemoriado. El padre cree haberle tocado un millón de dólares como premio en una rifa, y seduce al hijo menor, el único que se preocupa de él, para que le acompañe a recogerlos a Lincoln, capital del estado. Arranca una comedia dramática a medida que el viaje avanza hasta llegar a la capital estatal y conocer que de premio nada de nada, en todo caso una gorrita para el sol como detalle de consolación. Pero mientras tanto, familia, amigos y en general la gente del pueblecito originario del protagonista, tras felicitarle por el premio, que le convierte en un poderoso conciudadano, cambian a la compasión y también el menosprecio consiguiente. Sin faltarle el pretendido amigo que le reclama deudas pasadas. Un desastre absoluto y un retorno al origen peor de cómo se partió. Pero con un detalle fundamental para comprender el alcance del film.

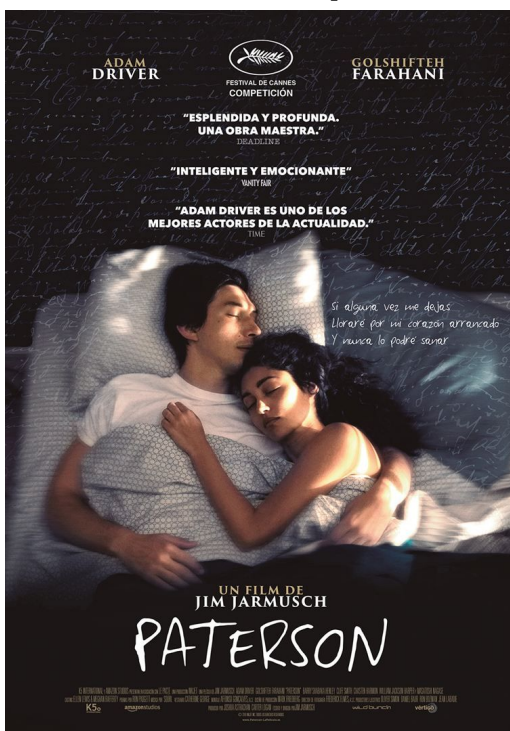
La relación entre padre e hijo se estrecha hasta límites inimaginables, incluso hasta evidenciarse una capacidad de ternura inédita en los ambientes descritos. El pobre anciano desmemoriado y utópico, que por fin conseguirá lo que siempre perdió en una vida un tanto inútil, se acaba dando de bruces con la peor de sus derrotas: el ridículo y la seguridad de que su vida ha constituido un tremendo fracaso. Pero el hijo menor le acoge, le abraza, nunca le abandona, mientras el mayor, mejor preparado pero distante, marcha para no aguantar un final de esa naturaleza. El viaje es una marcha un tanto forzada hacia la misericordia, la paciencia y el amor filial. Pero también hacia el fracaso como forma de existencia. Mientras



tanto, la esposa y madre repite una y mil veces ese “ya lo decía yo”, punto de resolución dolorosa de una historia como la de su marido. Todo agri dulce.

Y al comienzo como al final, la imagen de un hombre anciano, perdido en la carretera en pos de su utopía, dando bandazos, los ojos perdidos en el horizonte, que va y que viene sin sentido, con la melena al viento y su vestimenta completamente descompuesta, casi al borde del desmayo. Y con toda seguridad, casi al borde de la muerte en vida. Esta imagen viajera desde la esperanza redentora a la destrucción personal más íntima, se produce entre hombres desocupados, entre ciudades empobrecidas donde los viejos sobran, en un territorio norteamericano dominado por la crisis actual, que destruye recuerdos e impide convertirlos en memoria fecunda. Una tremenda vulgaridad ambiental, escondida en los bares, en los garajes, en esas casas rurales yanquis que recitan la escenografía de lo perfecto envejecido y pasado absolutamente de moda. Cuadritos *kitsch*, butacones orejeros envejecidos y visillos almidonados. Cervezas. Del trabajo a la casa. Aburrimiento. Católicos y luteranos. Hábitos adquiridos. Todo en perfecto estado de pobreza, tan lejano de ese Este rico y prometedor... por lo menos en el cine. Todo gris.

Cine del bueno sin necesidad de gastos fastuosos, con un soberbio guión de Bob Nelson, y una dirección de Payne eficaz. Pero sobre todo, resplandece la interpretación del veterano Bruce Dern, quien nos conduce de la mano hasta esas llanuras no precisamente verdes antes bien desérticas, donde el hombre desarrolla la pérdida de su batalla. Algo de todo esto nos está pasando a nosotros, pero nos daremos cuenta más tarde. Porque el premio soñado no existe. En 1969, *Easy Rider*. Ahora, *Nebraska*. Siempre lo mismo... pero distinto. Viajar hacia la nada.--
Norberto Alcover



Paterson (Jim Jarmusch, 2016)

Cualquier cosa es buen material para la poesía. Cualquier cosa. Lo he dicho una y otra vez”. Las palabras del escritor estadounidense William Carlos Williams para el quinto libro de *Paterson*, uno de los trabajos más populares de su autor, podrían resumir el espíritu del largometraje de Jim Jarmusch que homenajea y toma su título de una de las obras capitales de la lírica estadounidense del siglo XX.

El autor de *Flores rotas* y *Mystery Train* nos ofrece una película que sabe extraer lo extraordinario de una

cotidianidad que se aleja de la gris monotonía. No teme repetir una y otra vez situaciones que ocurren todos los días de la semana en la particular vida en común de la pareja protagonista, un conductor de autobús con dotes de poeta llamado Paterson, como la pequeña ciudad que recorre día a día, y su esposa, un ama de casa que llena gran parte de su existencia cocinando *cupcakes*, aprendiendo a tocar la guitarra o decorando su casa en blanco y negro. Se podría haber optado por el retrato de un matrimonio de infelices seres alienados por sus tareas habituales, pero prefiere enseñarnos a dos individuos que trabajan casi incansablemente por tener una vida interior rica basada en sus inquietudes creativas y el profundo amor que uno siente por el otro.

Jarmusch opta por un estilo pausado donde el personaje principal parece encantado aquellas pequeñas sorpresas que surgen en la rutina, como las divertidas conversaciones de los viajeros del autobús que conduce, las curiosas ideas que su mujer pone en práctica día a día, las charlas con el camarero que le sirve una cerveza cada vez que saca a pasear a su perro con malas pulgas o los pequeños descansos en el trabajo donde idea versos sobre objetos tan aparentemente banales como una caja de cerillas que destaca por su curiosa grafía. Muchos de estos momentos se reiteran jornada a jornada, aunque no sean exactamente iguales, como demuestra la recurrente aparición de gemelos que ni son totalmente idénticos entre sí ni son los mismos en cada ocasión. Paterson, el simpático escritor aficionado,



disfruta con estas pequeñas variaciones y una existencia apacible, al lado de una mujer que le quiere y apoya en sus inquietudes literarias, que valorará aún más después de contemplar las discusiones de una pareja de novios en el pub que visita frecuentemente.

No hay grandes giros ni hazañas trascendentales, sino un reflejo de la vida diaria en un lugar más o menos tranquilo. Su particular apuesta cinematográfica, como gran parte de su filmografía, captura el apacible tono contemplativo de las películas de Yasujiro Ozu, saca partido de una puesta en escena engañosamente simple que recuerda al de los trabajos del finlandés Aki Kaurismäki y contiene una espiritualidad casi zen, subrayada aquí más si cabe con el diálogo entre el conductor de servicio público que escribe poemas y un visitante japonés en las cataratas de la localidad del estado de New Jersey donde transcurre la acción. Como aludía más arriba, es una carta de amor de Jarmusch al poeta William Carlos Williams. Su homenaje se plasma no solamente a través de la pasión que el personaje masculino siente por el trabajo del célebre autor y su manera de entender la poesía en verso libre, sino en algunos aspectos del mítico libro que da título al filme del cineasta neoyorquino. Al igual que hiciera el escritor en una de sus más recordadas obras, el nombre propio no solamente designa al protagonista, sino también a la población donde tienen lugar sus cotidianas peripecias. No obstante, a diferencia del poeta, el director norteamericano prefiere repasar el pasado de la localidad desde un cariz más pop y contemporáneo que el literato, como ponen de manifiesto las menciones al comediante Lou Costello, el escritor Allen Ginsberg y otras celebridades oriundas del lugar. En definitiva, *Paterson* se convierte por méritos propios en una de las obras más originales y atípicas del realizador de *Extraños en el paraíso* y *Permanent vacation*. A ello contribuyen un magníficamente contenido Adam Driver, que logra imprimir

placidez y humanidad a su conductor poeta con los mínimos gestos, y una radiante Golshifteh Farahani, perfecta a la hora de otorgar un entusiasmo casi infantil a esa esposa que todavía no ha perdido la capacidad de soñar e ilusionarse.-- *Julio Vallejo Herán*



Manchester by the Sea (Kenneth Lonergan, 2016)

Es probable que en la historia del cine no haya un lugar tan relevante a pesar de ser tan Lee es un solitario que trabaja en Boston en un bloque de viviendas donde hace de portero y conserje. Como suele suceder, los vecinos le piden chapuzas extras de fontanería y electricidad, que no le pagan ni le agradecen. Aguanta los desaires sin rechistar. Aunque domine su genio, su rostro refleja una ira contenida. Poco a poco, a base de saltos atrás, vamos conociendo su tragedia vital. Vivía feliz en Manchester-by-the-Sea, un pueblecito pesquero de Massachusetts, con su mujer Randi y sus tres niños pequeños. Pero una noche, tras una juerga en el garaje de casa con sus amigos, comete un error involuntario y provoca un incendio en su hogar, a resultas del cual mueren abrasados sus tres vástagos de corta edad.

Lee no puede con el peso de la culpa. Su mujer se divorció y él nunca se ha perdonado el terrible suceso. Sólo tiene un hermano, Joe, compañero de sus anteriores correrías por el mar, que sufre de una dolencia cardíaca seria. Tiene a su vez un hijo, Patrick, con el cual Lee jugaba cuando todavía no tenía su propia familia. Un día le llaman para comunicarle que Joe ha fallecido y que le ha dejado como único tutor de Patrick a la sazón de dieciséis años. Lee se considera incapaz de ejercer esta tarea y tampoco el sobrino está muy de acuerdo en tenerle como tal. Tendrá que bregar con esta nueva responsabilidad viviendo de nuevo en el pueblo con un sobrino en plena ebullición adolescente y un recuerdo que no puede soportar.

Suele decirse –muy impropiamente, por cierto– que en los países de tradición cristiana el peso de la culpa es mucho mayor que en otras culturas. Tal vez lo sea en el judaísmo, como el mismo Pablo de Tarso reconoce en sus cartas, pero el credo católico habla del perdón de los pecados y buena parte de la acción evangélica de Jesús fue precisamente esa liberación de las culpas. Lo que ocurre es que la culpabilidad desproporcionada tiene que ver más con un trastorno psicológico que con la religión. Y a Lee no le basta el perdón ajeno, ni siquiera el de su exesposa. No es capaz de perdonarse a sí mismo. Aquella negligencia de tan fatales consecuencias le ha hecho autor de algo “imperdonable”. Y se considera un maldito para siempre. No hay solución para él. Como Josef K., el protagonista de *El proceso* (Kafka y Orson Welles), se autocondena sin remisión en el tribunal de su conciencia que le declara culpable “de culpabilidad”. Así que, al final, se volverá Boston a seguir penando su delito sin aceptar indulto alguno.

El retrato de este neurótico –porque a la postre, en eso se convierte Lee– es convincente, porque los saltos en el tiempo de la narración nos permiten ir atando cabos y tejiendo su tragedia que, como en las griegas, tiene algo de obcecación, de ineludible y fatídico,

de un encadenamiento de hechos y actitudes que propician el desastre sin que el interesado se dé cuenta hasta que estalla el infortunio y el protagonista carga con el peso insoportable de una culpa que anonada y aniquila, que le convierte en un guñapo, incapaz de mirar a la cara a nadie, porque piensa que todos saben que es un maldito, el responsable de un suceso horrendo. Por eso no puede entender que Patrick sea capaz de recuperar el trato con su madre, que les abandonó a los dos (padre e hijo) por su adicción incontinente a las drogas y que ha vuelto convertida en respetable señora, casada con un cristiano militante.

Lo que hace a *Manchester-by-the-Sea* –por cierto, la distribuidora española ha traducido literalmente el título y nombre del pueblo en cuestión (¡hay que ser cazurro y tonto!)– un film diferente es el extraordinario cuidado y atención que se ha puesto en el trazado de los personajes del extenso reparto. Como en los guiones del cine clásico, Kenneth Lonergan (director y escritor del film) plasma en pequeños detalles y en pocas pinceladas (aparte de un *casting* certero) el talante de cada personaje, logrando una sensación de realismo pasmosa. Véase, por ejemplo, el caso de la enfermera y del doctor que atienden en el hospital a los atribulados familiares y amigos de Joe. Son y están perfectos. Lo mismo que los componentes del quinteto musical en el que Patrick toca la guitarra acústica.

También el pequeño de los Affleck, Casey, está soberbio en su papel. Al estilo de su hermano Ben, no necesita de muecas, aspavientos o gestos teatrales para transmitirnos la horrenda tortura que sufre y que traspasa todo su ser y quehacer. La sobriedad externa de su actuación se basa en su mirada huidiza y, otras veces, transida de dolor y angustia. La tensión que trasluce su personaje es empática, la percibe el espectador en todo momento. Y eso hace, junto al montaje alterno (pasado y presente) que el film enganche y atraiga a pesar de la enorme pesadumbre que destila.

Una tragedia americana o *Sin perdón* podrían haber sido títulos adecuados. Pero, al margen de etiquetas, lo cierto es que es una obra espléndida que merece nuestro reconocimiento y admite sucesivas visiones para degustar secuencias o momentos que en una primera mirada pueden pasar desapercibidos. Como dicen los castizos, es una cinta *que tiene tela*. Salga o no premiada en los Oscars, den por seguro que esta película no es fácil de olvidar. Refleja además muy bien la vida en una ciudad pequeña, marítima y tradicional, con mayoría católica y de origen irlandés. El ambiente en que se movieron los Affleck, Matt Damon y el propio Lonergan cuando eran jóvenes que buscan hacer carrera en el cine. Pues sí que la están

